

“El fatídico silbo de las balas  
Era el gemido de la paz que huía.  
Y en el mismo lugar que respetaron  
Los procónsules viles de los reyes,  
Destrozó la discordia aborrecida  
El código sagrado de las leyes.

“¿Más sangre? ¿más horror? ¿Los mexicanos  
De experiencia tristísima herederos,  
Aun esgrimen furiosos los aceros,  
Y los clavan riendo en sus hermanos?

“Las caducas naciones, nuestra lucha  
Ven más allá de los inmensos mares;  
Su compasión mentida es el sarcasmo  
A nuestros intensísimos pesares.

“¿Huyes por siempre, paz idolatrada,  
De la cuna opulenta de Morelos?  
Con sangre de asesinos mancillada  
Tu túnica se encuentra, virgen bella  
Del Septentrión. ¿De libertad la estrella  
Por siempre nos cubrió guerra ominosa?

“¿Y siempre nuestros sueños bofrascosos  
Perturbarán el fratricida bronce,  
Y de muerte los llantos pavorosos?

“¿Siempre veremos en desiertas calles  
Como yo ví ¡qué horror! aun me parece  
Que lo tengo delante de los ojos?

“Era un valiente de membruda talla,  
Rostro marcial, marcial su continente:  
Era su pecho intrépida muralla:  
Tiene el sello de honor sobre la frente.  
A su lado y gimiendo de amargura  
Con ambas manos el semblante oculto,  
Huye ver el cadáver insepulto  
La esposa que adoraba con ternura:  
Entre tanto los canes devorantes  
Del guerrero entre sí se disputaban  
Los miembros palpitantes. . . .  
Por el suelo sangriento los llevaban

Medio cubiertos del marcial vestido,  
Y con gozo feroz los sacudían.  
¡Qué horror! ¡qué horror! la esposa desdichada  
Estúpida no mira aquella escena,  
Y. . . . no quise ver más, patria adorada.

“¡Ay! de los que vertieron á torrentes  
Sangre de sus hermanos, los maldigo  
Y los maldice la deidad suprema,  
A vista de este cuadro de escarmiento  
Les lance Dios airado su anatema.”

Para no cerrar este capítulo con ese triste relato de una de las muchas causas que impidieron el auge de nuestros espectáculos en 1840, daré noticia de la función solemne celebrada en el Sagrario Metropolitano en la Noche-Buena de ese año, porque esa función fué una verdadera solemnidad filarmónica, que puso de manifiesto los adelantos de los profesores y aficionados de México.

A la obertura de *Fausta*, de Donizzeti, siguieron una aria y un *tróito* cantados por Basilio Guerra; los *Kiries*, música de Rossini, los cantaron las Sritas. Jesús Zepeda y Cosío, tiple, y Guadalupe Tornel, contralto. La *Gloria*, música de Rossini, comenzó por hermosísimos coros; después la Srita Zepeda ejecutó el aria de *Laudamus te*; la Srita. Octavia Anievas un solo coreado con un obligado de violín por el Sr. Chávez; á continuación un trío por las Sritas. Anievas, Rosario Marzán y el Sr. Birmingham, que también cantó un solo de bajo con un obligado á clarinete que ejecutó el Sr. Villerías.

En el *Gradual*, música del Sr. D. Manuel Espinosa de los Monteros, ejecutó un solo la Srita Anievas.

El *Credo*, composición del Sr. Wallace, así como el resto de la misa, comenzó con un brillante coro; el *Incarnatus* fué cantado á dúo por las Sritas. Marzán y Anievas; la Sra. D<sup>a</sup> Fanny Calderón de la Barca tocó un obligado de arpa, acompañada por el Sr. Wallace, que ejecutó á solo de violín el *Crucifixus* y el *Sanctus*, con acompañamiento de coros. Tocó en seguida la orquesta la obertura de *Emma de Rixburgo*, de Mercadante.

En el *Agnus* ejecutaron un trío las Sritas. Zepeda, Marzán y Anievas, concluyendo la misa con la obertura del *Caballo de Bronce*, de Auber.

Los coros estuvieron desempeñados por las Sritas. Jesús Anievas, Enriqueta y Dolores Letamendi, Ana O'Gorman, Cruz Drusina, Josefina Leño, Francisca y Carmen Heras, María Vergara y Rosario Gorostiza; y por los Sres. Juan Escalante, Teodoro Bahre, Hipólito Thyvol, Héctor Tousis, José Tornel, Manuel Bazabe, Camilo Bros,



Vicente Tagle, Germán y Adolfo Sengstak, Agustín Letamendi, Benedetto Lombardy, Dueñas, Inda, Rebolgar y Vergara.

La orquesta, en número de 52 individuos, estuvo formada por los siguientes profesores y aficionados: *Violines*: Wallace, De Bary, Pablo Martínez del Río, Castro, Morán, Arango, Barraeta, Gana, Lamberg, Murillo, Chávez, Garcés, García, Miranda, Aguiñagar, Soto, Ramírez y Buitrón.—*Clarinetes*: Trujeque, Gambino, Villerías y Castro.—*Flautas*: Salot, Anievas y López.—*Fagot*: Buenrostro.—*Trompas*: Manuel Salot, Lozada, Julio Salot y Alpuí, padre é hijo, *Trombones*: Guazco y Benavides.—*Trompa baja*: Florencio.—*Clarinetes*: Leotrón y Villegas.—*Violoncellos*: Espinosa de los Monteros, Fontecha, Guzmán y Zayas.—*Contrabajos*: Coronel Garmendía, Bustamante, Ríos y Cortés.—*Timbales*: Ortega. El Director fué D. Juan Nepomuceno Retes.

Aquella manifestación del talento de nuestros aficionados, que á sí mismos se excedieron, según dice un cronista, mereció justamente el aplauso y el entusiasmo de la concurrencia más brillante y selecta de México; esta función, por sí sola, fué la prueba más auténtica de los adelantos del buen gusto, del aprecio de la música y de los progresos de la culta sociedad mexicana en ese año de 1840.

De su entusiasmo por el arte y por nuestros compositores y maestros da una idea la oda que pongo aquí, escrita en elogio del notabilísimo músico mexicano, D. Mariano Elízaga, varias veces citado en mi libro. Dice así:

“Absorto, embebecido,  
Y en éxtasis divino arrebatado  
Te oí, te contemplé, Genio sublime.  
A los primeros giros de tu mano  
La cuerda suena maestramente herida,  
Y el alma conmovida  
De un modo desusado  
Sacude fuertemente  
Mi fibra descaecida.  
El corazón se ensancha, y al rehacerse  
Salta la roja sangre á borbotones;  
Y rápida circula, y se enardece,  
Y comunica, por doquier que toca,  
Con toda su energía,  
El inefable influir de la armonía.  
Vuelve aquella á su curso,  
Y en cada movimiento repetido  
Vigoroso latido al alma incita;  
Y en ese mutuo de sentir sabroso

Inmóvil quedo, y miro, y oigo sólo  
La lira de oro, que maneja Apolo.  
De él aprendiste, Elízaga: su mano  
Te guió desde su infancia;  
Y sé que con jactancia,  
No bien habías nacido,  
Selló tu tierna frente  
Con el beso de amor más encendido.  
Lo sé, lo sé muy bien; y de otro modo  
No hubiera comprendido  
Cómo puede tu mano  
Decir con expresión tan elocuente  
Cuál piensa tu alma, y tu alma cómo siente:  
Jamás entendería  
De qué modo tus dedos  
Presentan á mis ojos  
El pensar y sentir del gran Bellini,  
De Mozart, de Bethoven, de Rossini.  
Mueves tus manos, explicando el suave,  
El tierno, el agradable sentimiento,  
Y veo correr el arroyuelo manso,  
Y deslizarse al céfiro apacible.  
Expresas las pasiones tumultuosas,  
Y aquellas miro en duro movimiento,  
Cual nos pinta atrevida  
Nuestra imaginación acalorada  
Caer á la cascada estrepitosa  
Y saltar, y volverse enfurecida.  
Nos dices el coraje y la bravura,  
Y son tus dedos huestes denodadas,  
Que corren, que se traban, que se chocan  
Destrozándose, en fin, desapiadadas.  
¿Y qué diré si el pensamiento exige  
Un paso majestuoso, ó si travieso  
Inclínase á los juegos y á la trisca?  
Diré que imitan con cabal finura  
El pasear del Monarca de la selva,  
O al suelto cabritillo en la llanura.  
¡Tus pausas. . . . ¡Oh mi amigo! ¡Cuán preciosas,  
Qué mano tan tranquila!  
Qué descanso de dedos tan profundo! . . . .  
Eres inimitable, hombre divino,  
Eres inimitable. Yo quisiera  
(¡Oh si dable me fuera!)



Escoger en el mundo  
 A todo aquel, que uniera por su dicha  
 Suavidad y dulzura,  
 Y un ojo filosófico-avisado  
 Un ojo entendedor; y que te viera:  
 Estoy seguro de que repitiera,  
 Sin dudar de su tino,  
*Eres inimitable, hombre divino.*  
 ¡Oh! con razón la Furia descarnada  
 Por once lustros respetado hubiera  
 Vida tan apreciada!  
 Sí; no le toques, insaciable fiera:  
 Debe ser inmortal: mira su frente,  
 Y abate tu cabeza orgullecida;  
 Y sabe, maldecida,  
 Que si envidiosa, y necia, y cruel, y dura  
 Descargares el golpe irreparable,  
 Nunca te será dable  
 Exterminar su plácida memoria.  
 Vive Elízaga agora, y vivir debe  
 En todo corazón tierno y sensible  
 Mil años, y otros mil, y cien tras ellos.  
 Nunca podrá tu mano  
 De sangre llena, de pavor y luto,  
 Evitar el tributo,  
 Que la grata armonía  
 Le rendirá sobre la losa fría.  
*Debe ser inmortal, grita este siglo.*  
*Debe ser inmortal, dirá el futuro.*  
*Debe ser inmortal, del cielo puro*  
 Oiráse siempre el eco repetido.  
 ¡Honor bien merecido,  
 Que ha destinado el Evo venturoso  
 A este hombre portentoso,  
 Al dulce americano,  
 Bello ornato y decoro  
 Del apacible suelo mexicano!"

En cuanto á la poco propicia situación de la cosa pública, tan contraria en ese entonces á los espectáculos teatrales, nada tenemos que añadir á lo que apuntado queda. Sin embargo, como una demostración más del optimismo de los periódicos oficiales, cierro este capítulo con el juicio que al órgano del Gobierno merecieron los sucesos del agitado año de 1840: no está fuera de lugar en este mi libro

que, hasta donde es posible, da y debe dar muestras de los diferentes ramos de las letras en México.

"Se cree generalmente que las naciones no adelantan en la carrera social durante la época tormentosa de sus revoluciones. La agitación perpetua en que viven, agita en efecto las pasiones; y perpetuando la agitación, enjendra las reacciones que se suceden, alcanzándose unas á otras, como las olas del mar. La multitud de las leyes, cuando no se ponen en práctica ni se obedecen puntualmente, originan la división de un país en bandos y fracciones que se odian y detestan. La corrupción de las masas y el disgusto que les inspira al trabajo el hábito que contraen de estar con las armas en la mano, y otras mil causas que sería difícil enumerar, se miran comunmente como las señales más inequívocas de que la nación se desmorona, á la manera de un viejo edificio minado por el tiempo, y á quien sacuden violentos terremotos, ó como las convulsiones de un cuerpo que anuncian se ha apoderado de él la gangrena, que por instantes le va privando del principio de la vida. Pero las personas capaces de ver más allá de la superficie de las cosas, bajo de esa corteza de muerte, descubren una nueva existencia, que se desarrolla progresivamente, dotada del vigor lozano de la juventud, y amaestrada por las reflexiones del escarmiento en cabeza propia, únicas capaces de enseñar el conocimiento de la verdad á la raza humana, á pesar de la niebla espesa en que envuelven á los pueblos semejantes crisis, los ven caminar á la verdad por una vereda estrecha y resbaladiza, pero que sin embargo se acerca á la eminencia escarpada de la prosperidad que llegarán á ganar aunque á paso lento, pero tal vez más seguro.

"Mucho hemos sufrido: la república ha padecido mucho: nuestras revoluciones presentan escenas que quisiéramos borrar con nuestra sangre del libro de la historia; y porque no figurasen en ella, deseáramos, á costa de cualquier sacrificio, que fuesen devoradas por el olvido; pero la sangre derramada y las aberraciones de nuestra inexperiencia no han dejado de producir algún fruto.

"Tal es el convencimiento que han adquirido ya los pueblos, de que el oficio ú ocupación natural de los ciudadanos, no es conspirar ni sublevarse, ni combatir bajo la bandera de éste ó aquel partido, sino dedicarse á industrias útiles que aseguren la subsistencia propia y la de sus familias. La mayoría de los mexicanos se va curando ya de aquella fiebre perniciosa que le hacía creer como positivos los sueños irrealizables en política, que les habían infundido como dogmas, ciertos genios exaltados, cuando por el contrario, la práctica más constante les ha demostrado con fuerza irresistible, que no son sino el corrosivo que produce inevitablemente la disolución de las instituciones sociales. Los pueblos conocen ya que el objeto de éstas, es la amalgama del orden con la libertad, y no una licencia desen-



frenada, tumultuosa, alborotadora, cubierta con los andrajos de la miseria, respirando el ambiente de los vicios, y hablando el lenguaje del desenfreno á que por una especie de mofa insultante á la especie humana, se ha querido apellidar libertad. Los gobiernos han conocido también en la experiencia de lo pasado, la necesidad de calmar las pasiones, de evitar las persecuciones, de contener el influjo de los partidos, y de sostener el orden público, sin degenerar en aquel despotismo feroz que nada respeta y nada considera.

“Semejantes elementos hacen esperar con razón, que la violenta crisis que México ha sufrido, agitado por el espíritu revolucionario, se halla próxima á su término, y que los mexicanos, más cautos en el porvenir por el recuerdo de lo pasado, se unirán más íntimamente, sacrificando sus particulares intereses y opiniones en las aras de la patria, y reformando en medio de la calma y de la tranquilidad, sus instituciones políticas.”

FIN DEL TOMO PRIMERO.

## INDICE

DEL

### TOMO PRIMERO.

#### PRIMERA PARTE.—DE 1538 A 1821.

	Págs.
CAPITULO I.—1538.—1560.—Los religiosos como introductores de las representaciones teatrales.—Primeros <i>Autos</i> representados en Tlaxcala y en México.—Prohibición de representaciones profanas en las Iglesias.—Los actores y los <i>tablados</i> para las representaciones.....	5
CAPITULO II.—1560.—1700.—Los poetas autores.—Fernán González de Eslava y sus <i>coloquios</i> .—Pasos de la <i>Pasión</i> .—Los <i>neixcuitilli</i> .—El Bachiller Villalobos autor de <i>Autos</i> .—Carros para las representaciones.—El comediante Navijo.—Los <i>tablados</i> .—Principios del Teatro en España.—Los <i>corrales</i> .—Primer Coliseo de México en el Hospital de Naturales.—Las <i>conquistas</i> .—Mateo Jaramillo y su compañía de cómicos.—Días y horas de las representaciones en los siglos XVII y XVIII.—Las <i>guanajas</i> .—Representaciones en las fiestas de la canonización de San Juan de Dios.	13
CAPITULO III.—1700.—1753.—Representaciones anteriores á la Conquista.—Terraplenes para representaciones en Tlaltelolco y Cholula.—Representaciones burlescas por los indígenas.—Pantomimas y danzas sagradas.—Prohibiciones de representación de comedias en España.—Pobreza ó impropiedades del Teatro en España.— <i>Asentistas</i> ó contratistas del Coliseo del Hospital Real de Naturales en 1707 y 1712.—Los <i>asentistas</i> José y Eusebio Vela.—Eusebio Vela autor dramático.—Incendio del Coliseo del Hospital Real en 1722.—El segundo Coliseo en el Hospital Real.—El tercer Coliseo construído en 1725.—Esteban Vela y su compañía de cómicos.—Teatro en el Palacio Virreinal.—La actriz Ana María de Castro y su conversión.—El galán Diego Francisco de Asís.—Compañía ajustada por D. José Cárdenas, Administrador del Hospital.—Reformas y composuras en el tercer Coliseo.—Fundación del Coliseo Nuevo en 1752.—Inauguración del Coliseo Nuevo el 25 de Diciembre de 1753.—Descripción del Coliseo Nuevo.—Temporadas cómicas.—Noticias de las representaciones en los primeros años del Coliseo Nuevo y de los autores de comedias en aquellos días.....	21
CAPITULO IV.—1755.—1786.—José de Calvo Rendón primer arrendatario del Coliseo Nuevo.—Otros arrendatarios.—El Coliseo durante el virreinato de Bucareli—Productos y gastos del Coliseo en 1778.—Comedias, sainetes, tonadillas, seguidillas y <i>óperas</i> en boga en 1778.—Guardamuebles y guardarropa.—Loa en honor de Carlos III.—El Coliseo durante el virreinato de D. Bernardo de Gálvez.—Primer reglamento del Coliseo en	